

ésta es precisamente la causa de su poderosa influencia sobre las masas; éstas nunca razonan, dejándose arrastrar por los hombres más apasionados y fanáticos.

Yo he notado por eso en mi obra *El delito político* (1) que un gran número de los más furiosos fanáticos, principalmente de esos que aportan sus crueles instintos de criminales y sus desequilibradas tendencias, al servicio de sus exageraciones políticas de partido, son individuos afectados por verdaderas enfermedades mentales encubiertas: parálisis general, paranoia (Marat es un ejemplo clásico); estos estados encuentran sus factores agravantes en la sífilis, el alcoholismo, el morfinismo, en una palabra, en todos esos virus y venenos que favorecen las degeneraciones cerebroespinales.

Conforme he podido observar, en Italia, por ejemplo, en aquellos países donde se abusa del alcohol, en los romanos, las luchas políticas son más vivas; igual sucede en los pueblos donde reina la malaria, en la Calabria, en Pavía, en los cuales los partidos medios constituyen una excepción.

(1) En breve ofreceremos á nuestros lectores una traducción de esta hermosísima obra.—(N. del E.).

CAPITULO IV

FALSOS PREJUICIOS QUE INVOCA EL ANTISEMITISMO.—LA MEZCLA DE RAZAS

Sean los que fueren los orígenes y las causas del fenómeno, siempre que un partido como el antisemitismo se eleva y extiende, cuando en el espíritu de muchas personas goza de bases serias y estables, deber es de todo hombre de Estado preguntarse: ¿Este partido tiene razón de ser? ¿Carece de ventajas? ¿Nos preserva de una fusión peligrosa? ¿Nos libra de una unión depravada con los semitas, viles y cobardes, que mancharían nuestra raza? ¿Nos desembaraza de

los parásitos, que se nutren de nuestra substancia sin ninguna compensación?

Oigamos ante todo la opinión de la ciencia moderna, representada por los sabios más autorizados de aquellas naciones, como Rusia y Alemania, donde el antisemitismo ha alcanzado la plenitud de su apogeo.

Prevalece la tesis de que el judío, perteneciendo á la raza semita, destruye la pureza de nuestra raza y ataja su progreso.

«El semita, escribe Picard, no es amigo de la civilización y sí enemigo del progreso. Sabe enriquecerse, pero ignora cómo ir más allá. Se agita, pero su agitación es estéril. La Arabia ha permanecido inmune de todo contacto extranjero: ¿cuál es, sin embargo, el fruto de su pureza? La inmovilidad. Lo mismo acontece en Marruecos y en España, que va á la zaga de la civilización por haber conservado sus judíos y sus moriscos, cuyos caracteres tiene infiltrados en su sangre. Cualquiera que sea el punto de Europa en que abunda la sangre semita, allí reina la ignorancia y la corrupción» (1).

Esta acusación no resiste á un riguroso

(1) PICARD, *Synthèse de l'antisemitisme*, Bruselas, 1890.

examen científico porque los judíos no son semitas puros. He indicado ya que no existe en Europa, raza alguna superior, que no ofrezca grandes mezclas, y que no tenga, en esta misma impureza, la razón de su superioridad. (Véase *El delito político*, 1.^a parte).

¿Hay naturales más puros que los indios, esos eternos esclavos de todos? ¿No se verifica esto mismo, en un grado más elevado, respecto de los Triganes? Sicilia, Calabria, ¿han perdido en la mezcla semita?

¿Qué habría de quedar de Francia, escribe Leroy-Beaulieu, si se hiciera la prueba de sangre gala, tomando por principio de orden la expresión bretona: «Francia á los celtas?»

«Se ha reconocido en nuestra Europa, por bajo las capas de los pueblos aryo, celta, latino, germano, extratificaciones antiquísimas, al parecer recubiertas por los aluviones indo-europeos. Las razas fósiles, la raza de Cro-Magnou y las de Neanderthal no han desaparecido completamente para los arjos de Asia. El hombre cuaternario tiene aún partidarios entre nosotros. El francés y el alemán, que afirman ser de pura sangre indo-germánica, pueden descender del hombre cavernario. Hoy no existe, en realidad, ese

es nuestro juicio, nadie «de la raza arya» que no tenga también algo de «la raza latina» (*obra citada*).

La acusación lanzada contra los judíos de corromper las razas aryas, carece igualmente de todo fundamento científico, porque ellos son, en la actualidad, más aryaos que semitas. Esto se armoniza admirablemente con las magníficas investigaciones comunicadas recientemente por Luschan al XXIX Congreso de la Sociedad de Antropología de Alemania (1). Luschan ha demostrado cómo los pueblos que se dicen semitas, hállanse muy lejos de tener verdaderamente sangre arya, supuesto que ellos existen entre los fenicios y babilonios, como entre los asirios, abisinios y arameos. Ahora bien, entre estos pretendidos semitas, solamente los beduinos y los árabes del Sur, constituyen una raza semítica pura, la única que ha conservado de los antiguos semitas, el lenguaje, la dolicocefalia, la tez bronceada, la nariz corta y pequeña (por consiguiente, los caracteres opuestos á los del judío).

Este autor ha realizado también entre los judíos 60.000 observaciones y medidas, ha-

(1) *Situation anthropologique du juif*, Berlin, 1899.

biendo obtenido resultados muy diversos. Ha comprobado de esta suerte, que un 50 por 100 eran francamente bracicéfalos, el 11 por 100 rubios, presentando en considerable proporción la nariz hebraica pura, luego una muy grande variedad de tipos mixtos, en lo que se refiere á la medida de la cabeza y al color de los ojos y de los cabellos; un 50 por 100 eran, por último, netamente dolicocefalos. De todos estos datos podemos concluir que no existe más que una muy débil proporción de verdaderos semitas entre los hebreos, en tanto que la gran masa pertenece á todas las otras razas.

De 120.000 observaciones realizadas en Inglaterra por Jacobs, resulta que los judíos presentan un 21 por 100 de ojos azulados y un 29 por 100 de cabellos rubios. Los rojos son tres veces más numerosos que entre los rusos y los austriacos y dos más que entre los alemanes.

Yo he logrado un resultado semejante en las observaciones practicadas sobre algunos centenares de judíos venecianos y piamonteses. (Apéndice I.)

Mas, pregúntase Luschan, ¿de dónde proviene la bracicefalia de los sirios y de los hebreos?, ¿cuál es el origen de las narices

arqueadas?, ¿qué la causa de los numerosos rubios?

Empezando por estos últimos, podemos pensar, respecto de los sirios, en los cruzados, y con relación á los judíos rubios de Europa, en la infiltración de elementos arjos, debida al continuo pasaje de hombres rubios al judaismo. Sin embargo, aunque las conversiones de cristianos al judaismo, tan terminantemente prohibidas en la Edad Media, no fueran lo suficientemente raras, que tenemos derecho á creer, no bastarían á explicarnos el 50 por 100 de bracicéfalos y el 29 por 100 de rubios, entre los judíos europeos. Pudiera acaso alegarse como una razón, la existencia, en Siria y Palestina, de cierto número de judíos rubios; es necesario soñar con los amoritas, de que con tanta frecuencia nos habla la Biblia, y remontarnos hasta los hijos de Enok que formaban precisamente un pueblo rubio, como se advierte de un modo indiscutible en los retratos, que nos han dejado los antiguos egipcios.

No puede tampoco dudarse, que los primeros amoritas eran una colección de aquellos pueblos rubios, cuyos monumentos megalíticos se ven todavía hoy en la costa sep-

tentrional de Africa; eran indudablemente los europeos que, seducidos por los climas cálidos, decidieron establecerse en la mencionada costa africana. He aquí la causa de las múltiples invasiones germánicas, que inundaron tiempos después á Italia. Esos pueblos rubios del Mediterráneo (identificados por Brusch con los descendientes del Jafet bíblico; con los Tamehn de las inscripciones y monumentos egipcios), y que no han dejado tras de sí rastros históricos más que á partir de la segunda mitad de la segunda miliada de años antes de Jesucristo, no eran aún los cimentadores de la civilización, cuyos gérmenes hicieron surgir después bajo el hermoso sol de Grecia. Los egipcios nos los han pintado como blancos, que vivían en un estado salvaje, vestidos de pieles, adornados con plumas, siendo entonces menospreciados, como lo son en la actualidad los salvajes negros. Aquellos Tamehn eran gentes de nuestra sangre, y los mismos egipcios no ignoraban su origen, supuesto que el nombre de *Tamehn* significa *pueblos de los países del Norte*. Esto explica todo, menos la existencia de los judíos rubios.

Mas ¿cómo explicarse la frecuente y en

algunas ocasiones extremada bracicefalia de los judíos, aun de los europeos, que tiene un índice cefálico de 88? (Apéndice I.) Los resultados de las experimentaciones realizadas por Luschan en el Asia menor, demuestran que los griegos, los turcos y los armenios son los tres tipos predominantes.

Los armenios presentan una bracicefalia extraordinaria (es el pueblo más bracicéfalo de la tierra). Casi todos tienen los ojos negros, también son negros y alisados sus cabellos: su nariz es gruesa y arqueada, precisamente la que hemos dado en designar entre nosotros como hebrea, y que deberíamos en lo sucesivo, denominar mejor, armenia.

Obsérvase igualmente estos caracteres entre los griegos y los turcos del Asia Menor, de religión y lenguaje bien diferentes: esto demuestra que ellos son los restos de una población homogénea primitiva, un pueblo *armenoide* que corresponde á ese pueblo *anarjo*, pre-griego, á cuya existencia más ó menos cierta debemos asentar después de las investigaciones lingüísticas de Hommel y Paoli.

Las observaciones y mediciones practicadas en Siria nos enseñan que también allí,

junto á rubios y al lado de numerosos tipos indudablemente semíticos, existe una considerable mayoría de tipos morenos de elevada estatura, ultra-bracicéfalos, uniformemente repartidos así en las ciudades como en las campiñas, en la montaña y en el llano, entre los druidas y los maronitas, los mahometanos y los sirios ortodoxos. Evidentes son sus relaciones de identidad con los pequeños bracicéfalos del Asia Menor, y por consiguiente con los *Alarudes* de Hommel; ellos hállanse históricamente unidos al gran pueblo civilizado de los hittitas.

Florecieron estos en Siria y en el Asia Menor, por el año dos mil antes de J. C.; nosotros hemos tenido conocimiento de ellos mucho tiempo después, por los documentos egipcios, los anales asirios y la Biblia.

Atribúyeseles un gran número de esculturas originales, descubiertas entre Esmirna y el Eufrates superior en el Tauro y el Amanó; además, la historia de este pueblo ha comenzado en estos últimos años, á ser más conocida por las excavaciones emprendidas en los alrededores de Sendscorli. Adviértese en estas esculturas, que los hombres presentan todos los caracteres de las razas armenias.

nias, pareciendo los productos de razas pre-semíticas.

Esto confirma la idea de que los braciéfalos judíos derivan de los hittitas, que siendo verdaderos arayos, estaban perfectamente civilizados; estos pueblos poseían, aún en los tiempos más remotos, con mucha anterioridad á la época de Homero, cantos épicos: tenían un sistema completo de escritura cuneiforme y erigían suntuosos palacios adornados con artísticas esculturas, admiradas todavía en nuestros tiempos; digno de notarse es, que esto acontecía en una época en que los itálotos habitaban aún en las cavernas y los subterráneos, comenzando únicamente á tallar con sílex, groseros instrumentos.

Predomina por consiguiente, en cierto modo, la raza araya entre los judíos antiguos; esto sin tener en cuenta las numerosas mezclas que se han efectuado después.

En efecto, Josefo refiere que un número considerable de griegos formaba parte de la comunión judaica de Alejandría (1). No

(1) Tácito sostiene lo mismo.

(2) MAIMONIDES; *Yad Hazaka* (la Mano poderosa), primera parte, cap. I, art. 4.º

pocos israelitas de Cyrene, Antioquía y Palmira, los tres grandes centros judaicos orientales, traían su origen de sangre griega ó greco-egipcia.

Los hebreos helenizados se mezclaban aún con los helenos hebreizados, y lo que es mucho menos conocido, un fenómeno semejante ocurría en Roma misma. Juvenal, en su famosísimo pasaje de la sátira XIV, establece una distinción entre los prosélitos y los convertidos completamente al judaísmo; el clásico nos dice que los padres contentábanse con guardar el sábado y abstenerse de comer carne de puerco, y que los hijos, exagerando el celo paternal, han llegado finalmente á la circuncisión (*mos et proepulium pareunt*).

«Los israelitas confundiéndose, dice Maimonides (2), durante la cautividad de Babilonia, con toda clase de razas extranjeras, procrearon hijos que, gracias á esas alianzas, formaron una especie de nueva confusión de lenguas»: sin embargo, esta Babilonia, en la que había ciudades como Mahuza, poblada casi en su totalidad por persas convertidos al judaísmo, era considerada como la población donde existían los judíos de raza más pura que la de los judíos de Pales-

tina. «Por la pureza de la raza, decía un antiguo proverbio, la diferencia entre los judíos de las provincias romanas y los de Judea es tan sensible, como la discrepancia entre una pasta de mediana calidad y una de barina de flor; la Judea es como una pasta mediocre, con relación á Babilonia» (Bernardo-Lázaro).

Los judíos emigrados de Babilonia convirtieron, en el año 620, todo el pueblo de los khazars; en el siglo XII, judaizaron igualmente muchos pueblos tártaros del Cáucaso.

La prohibición tan frecuentemente lanzada durante el siglo V, de contraer matrimonio con mujeres extranjeras, nos demuestra cuánto se repetían semejantes enlaces.

El libro de Ruth (la Moabita) es una prueba de esto; ciertos historiadores y exégetas han afirmado que este idilio patriarcal no es más que una defensa contra los rigoristas, en pro de las mujeres extranjeras.

En resumen, el antagonismo étnico desvanécese á la luz de la craniología, que nos demuestra que el judío es más aryo que semita. Sobre esta amplia base arya se han combinado para constituir la raza hebrea,

la mezcla étnica, ventajosísima para la humanidad, según hemos de ver después, y la variación climatérica, todavía de más útiles rendimientos. Esto explica igualmente cómo á pesar de las numerosas causas de inferioridad, y gracias á especiales circunstancias (comprendida la riqueza de la sangre semita, cierta por lo menos en una vigésima parte), los judíos se adaptaron tan pronto á las costumbres aryas, y asimilado con tanta rapidez su inteligencia, que, en determinados casos, han sobrepujado. Esto explica por último, cómo conservando en todo un carácter particular, resultante inevitable de matrimonios consanguíneos y de una vida homogénea y constantemente retraída, ellos se adaptaron tan prontamente á las poblaciones aryas, en medio de las cuales vivían. (Véase el cap. V).